

Resulta difícil casar esta apreciación con el análisis, bien revelador, del rechazo de Martínez Marina, la quintaesencia del espíritu de Cádiz, a la evolución del liberalismo progresista y moderado que desembocaría en la Constitución de 1837. Sobre todo su abierta hostilidad iusnaturalista y tomista a la tradición empírica y escéptica británica, de Hobbes a Hume, y con una especial aversión a Bentham (págs. 311-312), el nuevo patrón filosófico de los progresistas. En fin, incluso estas cuestiones avaloran más un trabajo excelente por el fondo y por la forma.

*Luis Arranz Notario*

Universidad Complutense de Madrid

AURORA BOSCH, TERESA CARNERO y SERGIO VALERO (Eds.): *Entre la reforma y la revolución. La construcción de la democracia desde la izquierda*; Comares, Granada, 2013, 320 págs.

Las cada vez más habituales obras colectivas tienen sus ventajas y sus inconvenientes, más cuando se trata de editar dieciséis aportaciones que recorren todo el siglo XX desde perspectivas y ámbitos diversos. Este tipo de obras son necesarias pero, en ocasiones, tienen una compleja articulación que favorece que algunos contenidos chirrién o que no dejen más que la sensación de elaborar una miscelánea desmadejada, donde deben caber todas las investigaciones de un grupo de investigación. Es lo lógico, el reseñista ha participado en más de una ocasión en modelos semejantes. En otros casos, como es la obra que comenzamos a reseñar, los inevitables vacíos y las lagunas permiten incitar a continuar con las investigaciones y las discusiones académicas. Pese a existir un plan prefijado de trabajo y que ninguno de los artículos se sale del paisaje que se pretende dibujar, *Entre la reforma y la revolución* tiene algunos desajustes importantes, como se señalará más adelante. Como tampoco se puede evitar que convivan textos de largo aliento con otras aportaciones mucho más centradas en estudios de caso, lo que nos ofrecen son miradas diferentes que se deben interrelacionar. De esta forma, se producen algunas desniveles argumentativos significativos, que favorecen o dificultan, según el caso, el contraste de pareceres y las matizaciones. En definitiva, el libro colectivo es un arte historiográfico difícil por lo complicado que es unificar temáticamente trabajos tan variopintos.

La bibliografía académica sobre la democracia es inagotable. *Entre la reforma y la revolución* intenta aportar su grano de arena a los debates sobre la cuestión. Aurora Bosch, Teresa Carnero y Sergio Valero han recogido en un trabajo solvente aportaciones sobre la contribución de las culturas políticas de izquierda a la construcción de la democracia en España. Aunque no solo, ya que otros espacios geográficos europeos y americanos aparecen entre sus páginas. La historia democrática europea está marcada por su fragilidad. Como señala en su tra-

bajo Fernando del Rey, la democracia es un proceso acumulativo de aprendizaje político. La aceptación del pluralismo político ha sido la historia de un largo recorrido con un trayecto sinuoso. En el fondo, es una prueba más de que la historia no es unidireccional, ni se encamina necesariamente hacia el establecimiento de la democracia. De hecho, el siglo XX está repleto de ejemplos de movimientos políticos y sociales que solo respetan las reglas del juego en beneficio propio para intentar acallar o aniquilar al adversario, que se convierte en no pocas veces en el enemigo. La brutalización de la política en la Europa de entre-guerras es la mayor tragedia de esta historia del siglo pasado.

Teresa Carnero centra su trabajo en una tesis que, en líneas generales, parece indiscutible: las élites restauracionistas tuvieron en sus manos la posibilidad de incluir en el sistema a grupos políticos que se encontraban al margen o excluidos por el sistema, con políticas que construyeran una ciudadanía mucho más igualitaria. No lo intentaron. Las dos grandes experiencias democratizadoras en el país, el Sexenio y la Segunda República, tienen algunos nexos en común, ya que tuvieron una corta duración y fueron llevadas a cabo desde arriba en un contexto de convulsiones sociales. Estas democratizaciones generaron dos respuestas enfrentadas: los que consideraban que los cambios eran lesivos a sus intereses e inaceptables por rupturistas y los que leyeron las transformaciones como algo insuficiente. El aprendizaje político democrático no se dio entre gobernantes y gobernados. Aunque probablemente no fuera solo falta de tiempo para impulsar las nuevas políticas democráticas por parte de los liberales progresistas en el Sexenio y de la conjunción de republicanos y socialistas durante la Segunda República.

Por su parte, Fernando del Rey nos vuelve a ofrecer un ensayo interpretativo de calado sobre los entresijos de la democracia parlamentaria. Su mirada comparativa permite resituar al socialismo español respecto a sus compañeros de viaje europeo. Centrado en el periodo republicano, para Del Rey el socialismo español se encontraba un paso por detrás en su creación en un partido de masas. Aún se mantenía una cultura política excesivamente localista que se despreocupó por los grandes debates de la política nacional. Además, el autor nos indica que existía una gran pluralidad dentro del movimiento en el que convivían tres corrientes diferenciadas: la sindical, la política y la radical. Los socialistas españoles durante el periodo republicano fueron responsables también del desgaste de la democracia española especialmente a partir de 1933. Como se señala sugerentemente, no vale con señalar el ascenso del fascismo y el temor que despertó para explicar la intransigencia socialista. También hubo mucho de interés por el claro potencial movilizador entre sus bases de las denuncias frente al gobierno radical-cedista.

En este sentido, Aurelio Martí continúa sus investigaciones sobre el discurso nacional del socialismo español, concentrándose en esta ocasión en el caso de la intelectualidad socialista que publicaba en la publicación *Leviatán*. Se trata, por tanto, de un estudio de caso más clásico que constata, tras reco-

rrer analizar algunos de los elementos clave del discurso socialista (anticlericalismo, pueblo, hispanoamericanismo, etc.), cómo el socialismo tuvo una idea nacional asentada en un pasado común y la lengua. No es ninguna novedad, como ya han establecido los trabajos sobre el anticlericalismo español, las cercanías que tenían socialistas y republicanos en la construcción de una identidad nacional común que se contraponía con la nación expresada por los católicos.

En su trabajo sobre las juventudes obreras, Sandra Souto Kustrín vuelve a abrir la mirada al panorama europeo de entreguerras, cuando el paro golpeaba a la juventud europea tras la crisis del 29. De hecho, era una cuarta parte de la población mundial desempleada. En este tiempo las organizaciones juveniles obreras se van a mover entre la defensa de la democracia y la dictadura del proletariado. Y es que el antifascismo tenía varias aristas políticas, que se conjugaban en la creación de un discurso frentepopulista. La crisis política que azotaba a Europa también favorecía que los jóvenes izquierdistas creyeran en la alternativa soviética, con la creación de los partidos comunistas. Eran los límites de una débil ciudadanía política que estaba poniéndose a prueba. Los movimientos de jóvenes obreros no pudieron defender posiciones netamente democráticas, pero tampoco lo estaban haciendo sus mayores.

También se concentran en el ámbito de los movimientos juveniles izquierdistas los trabajos de Sergio Valero y Marc Baldó. Valero analiza el conflicto que se desató entre caballeristas y comunistas en la retaguardia valenciana. Las Juventudes Socialistas Unificadas salieron de la órbita socialista para acercarse a la comunista en marzo de 1937, lo que no aceptaron los líderes valencianos de la organización, que fueron expulsados unos meses después. Pero el anticaballerismo no había ganado la batalla. La aproximación entre prietistas y caballeristas contra Negrín y los comunistas terminó con el golpe de Casado. Tras el golpe se constituyó la Federación Provincial de Juventudes Socialistas y se comenzó a depurar los que habían mantenido las posiciones contrarias. Valero lo considera una victoria pírrica, ya que las tropas franquistas entraban poco después en la ciudad e iniciaban una brutal represión. Por otro lado, Baldó recorre el movimiento estudiantil durante las décadas de los cincuenta y sesenta, un fenómeno plural de clases medias con gran significación. Su intención, sobre todo, se concentró en las actividades anti franquistas, más que en la reforma de la universidad. El contexto determinaba sus acciones. Es evidente que no consiguieron su objetivo, pero sí fueron ganando en experiencia movilizadora que posteriormente sería usada en el proceso de transición hacia la democracia.

El siguiente gran bloque de este libro atiende a las relaciones entre democracia y las identidades de género. Luz Sanfeliu, que nos tiene acostumbrados a inteligentes acercamientos a la cuestión, repasa el impacto del republicanismo en el desarrollo de espacios propicios para la educación igualitaria y femenina entre la década de los sesenta del siglo XIX y el final de la dictadura primorri-

rista. La educación femenina se convirtió así en una escuela, valga la redundancia, donde las mujeres pudieron aprender a ser ciudadanas autónomas y libres. En algunos casos concretos, el lerrouxismo catalán y el blasquismo valenciano, el republicanismo consiguió que las mujeres lograran fomentar una identidad politizada y autónoma, que sería aprovechado en la década de los treinta dentro de un marco propicio para ello. Sin embargo, hubiese sido muy interesante plasmar las limitaciones del proceso, porque las hubo como consecuencia de las mentalidades establecidas, que habían calado en toda la sociedad, y las tensiones dentro de las propias culturas políticas de izquierda no fueron simples anécdotas.

El trabajo de Ana Aguado nos sitúa en la Segunda República. Los socialistas explotaron la oportunidad legislativa para construir nuevos modelos identitarios desde sus planteamientos discursivos. Se trataba de redefinir la identidad femenina. La mujer socialista se situaba ante esta nueva realidad como ciudadana, madre y trabajadora y no dudaba en participar del espacio público desde estos parámetros de identidad para construir una «República de ciudadanas». Como señala la autora, la democratización del régimen solo se podía acentuar con la politización femenina, aunque es consciente de las limitaciones del momento. En el otro trabajo dedicado al género de la obra, Vicenta Verdugo analiza las prácticas políticas de movimiento feminista durante la Transición. También entonces se estaba redefiniendo la identidad de género, sus lenguajes simbólicos y se encontraban espacios de sociabilidad no transitados hasta la fecha. La mayoría de las reivindicaciones feministas no estaban en la agenda de la élite política que dirigió el proceso. Por tanto, su papel fue significativo en la construcción de la democracia española porque los partidos fueron sumando las peticiones del feminismo a sus propuestas políticas y legislativas.

El libro continúa con el bloque más homogéneo, donde se echan en falta acercamientos que fueran un poco más allá de primer tercio de siglo. Javier Navarro se refiere a la pluralidad constitutiva del movimiento libertario aunque, desde la creación de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en 1910, se produce una dualidad dentro del movimiento entre el sindicalismo abierto, que buscaba garantizar la fortaleza anarquista en una futura revolución, y los que buscaban la revolución social, de tal forma que la organización era entendida como medio, no como fin. Las diferencias también se hicieron notar a nivel regional según estrategias y líderes y se mantuvo hasta la Guerra Civil en la que fueron confluyendo posturas circunstanciales de colaboración gubernamental.

Relacionado en cierta manera con lo anterior, el investigador Gérard Brey se acerca a la hipótesis del antielectoralismo anarquista para matizarla por el apoyo de anarquistas a republicanos y conjunciones de izquierda a lo largo del primer tercio del siglo XX. Y, por último, en este bloque tenemos el trabajo elaborado por Óscar Freán, quien regresa a uno de los temas más transitados y candentes en relación al anarquismo, como es el de la violencia dentro del mo-

vimiento. Para el autor, la violencia es una estrategia que no se ha separado de la historia del movimiento libertario. Una constante que se justificaría como un recurso defensivo ante el ataque de los demás y que usarían también por su fuerte poder simbólico. Eso sí, también hubo propuestas pacifistas que se replicaron en los conflictos, como en el caso de las guerras coloniales o la Primera Guerra Mundial. Es evidente que el discurso y la acción insurreccional durante el tiempo de la República creaba una significativa contradicción.

Por último, nos encontramos con un gran cajón de sastre en el que se incluyen cuatro investigaciones que nos intentan explicar las interrelaciones entre izquierda y democracia en el caso francés y en el continente americano. Natacha Lillo se refiere a los exiliados comunistas españoles en Francia, donde se creó una cultura comunista sectariamente estalinista. Al contrario de lo que sucedía con los poderosos comunistas franceses que, como destaca Jean Vigraux en otro texto de este libro, se acercaron al socialismo para crear un Programa Común entre 1963 y 1978, lo que favoreció la integración del Partido Comunista Francés al sistema político con el reconocimiento de las instituciones de la V República. Por su parte, Nuria Tabanera describe la «ola rosada» de la izquierda en la región desde la década de los ochenta. Como destaca, no podemos hablar de una izquierda monolítica, ya que nos encontramos ante dos tendencias diferenciadas: la socialdemocracia que se ha reformado e institucionalizado y la populista que sigue triunfando en diferentes países por la crisis de la democracia. En Estados Unidos, como analiza Aurora Bosch, los discursos sobre la democracia han sido muy variados desde inicios del siglo XIX, tanto en la izquierda como en la derecha, desde el populismo de la izquierda de tradición republicana al conservadurismo de Nixon.

Si reunir las colaboraciones de un libro colectivo es un difícil arte, también lo es reseñarlo. Conseguir en un espacio limitado dar cabida a las diferentes tonalidades, con justicia y sin caricaturizar, de un planteamiento coral tan general es una tarea imposible. Por esa misma razón, el lector puede agradecer el texto final conclusivo de Teresa Carnero que sitúa en un marco más global la pertinencia de los diversos trabajos desde una perspectiva teórica de la ciencia política. El esfuerzo que se descubre detrás de *Entre la reforma y la revolución* bien lo merece. Decía Pierre Ronsavallon, y nos recuerda Carnero en su conclusión, que «la democracia es una historia y tiene su historia». Este trabajo colectivo ha conseguido acercarnos a algunos de los episodios de esta historia. En definitiva, como señalaba Charles Tilly, la democratización es un proceso dinámico e incompleto que está en permanente peligro de involución e inversión. Probablemente la mejor manera de seguir construyendo nuestra democracia será profundizando en el conocimiento del pasado y reflexionando sobre los problemas del presente.

*Joseba Louzao*

Centro Universitario Cardenal Cisneros